

SECUES TRADOS

A MEDIANOCHE

Secuestrados a medianoche
Victoria Duarte

Dirección: Natalia Jonas
Diseño: Mauro Perasso
Ilustración de tapa: Shutterstock

Libro de edición argentina
IMPRESO EN LA ARGENTINA – Printed in Argentina

Primera edición
MMXX – 4M

Es propiedad. © Asociación Casa Editora Sudamericana 2020.
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-140-7

Duarte, Victoria Secuestrados a medianoche / Victoria Duarte / Dirigido por Natalia Jonas. 1 ^a ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020. 288 p. ; 23 x 15 cm. ISBN 978-987-798-140-7 1. Relatos. 2. Religiones . I. Duarte, Victoria. II. Jonas, Natalia, dir. III. Título. CDD 204.4

Se terminó de imprimir el 20 de mayo de 2020 en talleres propios (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

SECUESTRADOS

A MEDIANOCHE

Victoria Duarte

TABLA DE CONTENIDO

Dedicatorias	5
Prefacio	6
1. Llegada y despedida.....	9
2. Caminos hacia Angola	21
3. Vida diaria en el Bongo.....	32
4. “Póngase un buen calzado”	46
5. Comienza la pesadilla	65
6. Aunque ande en valle de sombra y de muerte	73
7. Piedras en el arroz y aguas infestadas de cocodrilos	96
8. Hospitales en la selva y un cambio de mando	112
9. ¿Cuánto dista Canaán?	130
10. Cuando el bosque arde.....	152
11. Entre camiones y animales salvajes.....	162
12. La desesperación	181
13. ¿Y cuál es el sentido?	192
14. “El Presidente quiere hablar con usted”	205
15. Jamba y escasez.....	216
16. Guantanamera	226
17. Éramos como los que sueñan.....	247
18. La vida continúa	264
19. Lecciones de una experiencia misionera	271
Epílogo.....	279
Agradecimientos	284

DEDICATORIAS

La primera edición de este libro, escrito en alemán en 1983, fue dedicado a los niños, que son los que más sufren cuando ocurren conflictos bélicos.

En esta versión en castellano, mantengo esta dedicatoria, pero además quiero dedicarlo a mi querida familia, mi esposo e hijos, quienes me dieron todo su apoyo para la traducción y reedición de este libro.

Además, dedico el libro a mi querida nietita Mia Eluney. Espero que la lectura de este libro la inspire a la entrega incondicional de su vida a Jesús y al servicio abnegado en favor de sus semejantes.

PREFACIO

Secuestrados a medianoche es una historia verídica a la que no hay que inventarle ni agregarle nada. Lugar de los hechos: Angola, un gran país en el África del oeste; con una superficie en la que cabe cinco veces Alemania. Su posición estratégica, su reserva de diamantes, petróleo, cobre y uranio la hicieron un codiciado objeto de interés de los países industrializados.

Resulta necesario mirar de cerca su historia para entender mejor el contexto en el cual transcurre el relato de estas páginas. En el siglo XV los portugueses desembarcaron, colonizaron y anexaron la región como una provincia más de Portugal. Cien años más tarde, el país tomó el nombre de su rey nativo: N'gola. En sus costas atracaban toda clase de traficantes, y ya para el siglo XVII el lugar era punto estratégico para el comercio de esclavos. En el siglo siguiente, los portugueses avanzaron hacia el interior del país. El territorio fue varias veces renombrado: “Portugal del África del oeste”, “Territorio Portugués”, y en 1955, “Provincia Portuguesa de Ultramar”.

En 1956 se organizó el Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA) y cinco años más tarde se produjo el primer levantamiento independentista; uno que habría de costar un gran número de vidas portuguesas, pero incluso más de los angoleños. En 1962 se formó el movimiento de resistencia Frente Nacional para la Liberación de Angola (FNLA) y en 1966 apareció la Unión Nacional por la Independencia Total de Angola (UNITA), formada mayormente por los ovimbundos, habitantes del centro sur del país. Luego de varios años de luchas sangrientas, Portugal abdicó y decidió retirar sus tropas. Así, la que hasta entonces había sido la Provincia Portuguesa de Ultramar se volvía una nación independiente.

En abril de 1974, en Portugal se instala un gobierno democrático que reconoce los movimientos de liberación de Angola, y en enero de 1975 se firma el Tratado de Alvor, por el que se decide la independencia, con la condición de que se forme un

gobierno tripartito transitorio hasta las elecciones libres. Sin embargo, tan pronto como se firmó el tratado, el MPLA armó sus tropas con ayuda de las fuerzas cubanas y personal técnico de la Unión Soviética. Al final de 1975, el MPLA había logrado obtener el control total de la nación naciente.

La UNITA protestó desde el comienzo contra la presencia de fuerzas armadas extranjeras en el país, pero antes de poder organizarse con solidez, ya estaban envueltos en una guerra civil. Al principio, el FNLA se unió a la UNITA, pero muy pronto las disensiones internas llevaron al quiebre de relaciones y la UNITA, dirigida por el General Jonás Savimbi, continuó sola en su objetivo de derrocar al Gobierno comunista del MPLA para instalar un gobierno democrático. Desde su base de operaciones en el sudeste de Angola, los guerrilleros se dispersaron en la zona sur con el propósito de avanzar hacia el norte y lograr el control del país. En el tiempo en que ocurren los hechos de este libro, la UNITA poseía su base en la frontera sur con Zambia y controlaba más o menos un tercio de Angola.

Mientras el terrorismo asolaba al país, la situación de los misioneros se volvía cada vez más difícil. Las fuerzas independentistas se instalaron en las misiones, amenazando al *schindelle* (hombre blanco), obligándolos a huir por sus vidas.

Para colmo, la Misión Adventista del Bongo –fundada en 1929– se encontraba, literalmente, atravesada por aquella guerra civil: estaba ubicada en la división de ambos bandos.

Pese a los esfuerzos y la paciencia de los misioneros, su primer éxodo se produjo en 1975. El anciano doctor Parsons y su hijo permanecieron hasta último momento y –por medio de un hábil truco– lograron abandonar la Misión en la misma avioneta que había salvado cientos de personas en esas regiones remotas.

La Misión del Bongo se mantuvo con vida gracias al trabajo de enfermeros nativos, quienes durante los siguientes cinco años se encargaron de tratar a los enfermos de la mejor manera posible, sin médicos y con los pocos conocimientos que tenían. En 1980 llegó el joven doctor Ferrán Sabaté con su esposa, una enfermera obstetra. A pesar de la peligrosa situación, asumieron

la dirección del hospital con una postura política estrictamente neutral: su único objetivo fue aliviar el sufrimiento de la gente del lugar. En febrero de 1981 llegó la enfermera Victoria Duarte, quien brindaría apoyo profesional.

La historia de *Secuestrados a medianoche* fue grabada en casetes por Victoria poco tiempo después de su liberación, y retrata la realidad del trabajo misionero entre un pueblo que sufre las consecuencias de siglos de opresión colonial, seguida de una impiadosa guerra civil. Y muestra, también, el cuidado de Dios sobre aquellas personas que confían en él.

Por los valiosos consejos, por la detallada información e indicaciones, así como su aporte para el prefacio, agradecemos a Erich Ammelung, a Pierres Lanares, a Edwin Ludescher, a Herbert Stoeger y a Jean Zurcher.

Pr. Reinhard Rupp, exdirector de la Casa Editora Saatkorn Verlag

CAPÍTULO 1

LLEGADA Y DESPEDIDA

Había sido un día intenso de trabajo en el hospital. Luego de la última vuelta por los cuartos y dar indicaciones a los enfermeros nativos que tomaban la guardia, pude ir a casa para descansar. Una vez allí, me instalé cómodamente y me puse a revisar el programa del Día de la Madre que habíamos postergado para el 13 de junio: la historia de un “hijo pródigo moderno” se adaptaba muy bien para ser representada por nuestros talentosos jóvenes africanos.

En ese momento, llamaron suavemente. Aún sumergida en mis pensamientos, abrí la puerta. Alguien que estaba apoyado contra la entrada casi me atropella mientras ingresaba abruptamente al salón. Ahogué un grito al reconocer a uno de los jóvenes estudiantes del seminario que –temeroso– hacía señas para que guardara silencio. Cerré suavemente la puerta detrás de él y, casi en un susurro, le pregunté qué sucedía.

–Los soldados vienen esta noche –respondió con miedo reflejado en sus ojos–, recibieron autorización de tomarnos a todos para el servicio militar; tendremos que escondernos hasta que se vayan. Algunos colegas huyeron al bosque o se ocultaron en la casa abandonada del fondo. Con otros compañeros pensamos escondernos en la que está vacía, aquí al lado.

Yo tenía las llaves de aquella vivienda, así que, después de salir por la puerta trasera –intentando pasar desapercibida– y encerrarlos, les recomendé que guardaran silencio.

El clima de preocupación aumentó al día siguiente, cuando nos enteramos de la captura de sesenta jóvenes en una de las aldeas vecinas. Eso significaba que, luego de una escasa preparación, serían enviados al frente de batalla. La pesquisa simbolizaba un duro golpe para el seminario, que debía suspender las clases por tiempo indeterminado.

Para colmo, los militares no se quedaron convencidos con la desaparición de los jóvenes que había dejado en la casa de

al lado: sabían que estaban escondidos en algún lugar, pero no tenían autorización para entrar en los hogares, así que pusieron centinelas en diferentes puntos de la zona con el fin de atrapar al primero que apareciese.

Desde un principio, quedó claro que sospechaban de mí: al día siguiente de que los jóvenes desaparecieran, un soldado se instaló justo frente a mi casa. Con el paso de las horas, la tensión se agudizó; de pronto, parecía que formábamos parte de una película policial.

Temprano en la mañana, después de atender a mis amigos por la puerta de atrás, vestía mi uniforme y, simulando la más absoluta inocencia, pasaba delante del soldado que me miraba con evidente desconfianza; lo saludaba con amabilidad y seguía rumbo al hospital, rogando a Dios que mis vecinos no hiciesen demasiado ruido. Ellos, por su parte, espiaban la escena –nerviosos– a través de las cortinas.

Con esas dificultades, alimentar a mis amigos sin ser vista era una obra que requería suma cautela. A veces intentaba comunicarme con ellos a través de golpecitos en la pared: cuando oscurecía, pasaban a mi vivienda en secreto, cenábamos e intercambiábamos palabras de ánimo. Aparte de mí, nadie conocía su escondite.

Los soldados permanecieron toda la semana en las cercanías del seminario. Pero los alumnos no eran los únicos sobre los que se sentía la amenaza: temíamos por los jóvenes enfermeros que también podían ser apresados. Lo primero que preguntaba cada mañana al ingresar al hospital era si todos estaban allí. Aún perduraba fresco en mi memoria el sábado 1º de abril, cuando uno de nuestros colaboradores trajo la estremecedora noticia de que catorce trabajadores del hospital habían sido apresados y transportados en un camión militar, con destino incierto. Aquel día, el doctor Ferrán Sabaté se dirigió de forma inmediata a la policía para obtener algún tipo de información. La explicación que recibió solo aumentó el sentido de impotencia: “Estamos en guerra, y estas acciones tienen una causa política”.

Estábamos profundamente preocupados. La Misión parecía sin vida, y en nosotros crecía el miedo por el resto del personal.

Llena de tristeza, me encerré en la pequeña biblioteca para llorar y orar.

A su vez, con el fin de presionar a las autoridades, cerramos el hospital y solo atendíamos las urgencias, mientras el doctor Sabaté se ocupaba de negociar la libertad de nuestro personal.

Poco tiempo después llegaron rumores sobre los prisioneros. Decían que eran colaboradores del grupo de oposición al Gobierno, la UNITA. Si eso era verdad, nuestra situación podía volverse realmente complicada. Sin embargo, cuatro días después los liberaron de la misma forma intempestiva en la que habían sido capturados. Las nuevas de su liberación se expandieron como pólvora en el aire y, cuando el camión los trajo de vuelta, más de quinientas personas de las aldeas vecinas les dieron la bienvenida con cantos y danzas típicas africanos. Los jóvenes estaban flacos y asustados, pero –gracias a Dios– libres y con buena salud.

Un tiempo más tarde, el 7 de junio, la Misión se preparaba para recibir al pastor brasileño Ronaldo Oliveira, quien llegaría en cualquier momento con su familia. Me alegraba saber que vivirían en una casita contigua a la mía.

Alexander Justino, el director del seminario, había tratado de preparar la vivienda y dejarla lo más aceptable posible para los nuevos moradores. Entretanto, nos preguntábamos qué diría el pastor Oliveira al enterarse de que no podría dar clases, ya que todos sus alumnos estaban escondidos.

Esa mañana me tocaba a mí hacer la acostumbrada reflexión espiritual con el personal y los pacientes, pero no me sentía en condiciones de dirigirles la palabra. En sus rostros podían leerse historias de miedo, miseria y angustia: había mujeres jóvenes que no sabían cómo ni dónde estaban sus maridos; también madres cuyos hijos continuaban desaparecidos, heridos, viudas y viudos cuyos consortes habían sido víctimas de la guerra.

¿Qué podía decirles yo? ¿Qué entendía sobre la profundidad de su drama?

Abrí mi Biblia y leí el Salmo 23¹.

¹ Los versículos bíblicos empleados en este libro corresponden a la versión Reina-Valera 1960.

Jehová es mi pastor, nada me faltará.
En lugares de delicados pastos me hará descansar;
junto a aguas de reposo me pastoreará.
Confortará mi alma;
Me guiará por sendas de justicia por amor de su
nombre.
Aunque ande en valle de sombra de muerte,
No temeré mal alguno,
porque tú estarás conmigo;
Tu vara y tu cayado me infundirán aliento.
Aderezas mesa delante de mí
en presencia de mis angustiadores;
Unges mi cabeza con aceite;
mi copa está rebosando.
Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos
los días de mi vida,
Y en la casa de Jehová moraré por largos días.

“El Señor no nos prometió una vida libre de sufrimientos. Mientras vivamos en este mundo de pecado debemos llevar sobre nosotros sus consecuencias. Sin embargo, aunque caminemos en un valle de sombra y muerte, no debemos temer. El Señor mismo va a nuestro lado”, reflexioné tras las palabras de David.

Al terminar, me pregunté si yo misma creía en lo que acababa de decir. Pronto, el valle de sombra de muerte se volvería una situación familiar.

Luego de la meditación, comenzamos la jornada laboral como de costumbre. Dos casos nos preocupaban particularmente: eran recién nacidos, hijos de madres desnutridas, quienes luchaban por sobrevivir en la vieja incubadora. Aquella obsoleta caja eléctrica representaba, en numerosos casos, la única esperanza para los bebés. Frecuentemente utilizábamos sacos de agua caliente para contribuir con la acción del aparato y mantener a los niños con la temperatura adecuada.

El concentrado alimentario hiperproteico que recibíamos de Estados Unidos también se había acabado, mientras que continuaban llegando niños con graves deficiencias proteicas,

afectados por enfermedades producidas por la desnutrición, como kwashiorkor y pelagra graves. Para reemplazar la falta del concentrado, comenzamos a ensayar una nueva mezcla de huevo y leche que, sumado a vitaminas permitía a algunos niños seguir con vida. A pesar de todos nuestros esfuerzos, otros morían sin que pudiéramos ayudarlos. Esa fatídica semana, cinco bebés fallecieron a causa de desnutrición grave. Estábamos desconcertados. Pero no teníamos mucho tiempo para cavilaciones, porque esa misma semana otras cinco criaturas ingresaron en la misma condición.

El 9 de junio a las 15 arribó la familia Oliveira. Les dimos la bienvenida de la mejor manera posible. Como los alumnos no estaban presentes, decidimos hacer la gran recepción en la iglesia local el sábado, esperando que para entonces los estudiantes reaparecieran. Después de la cena, nos pusimos de acuerdo con Rosmarie, la señora de Oliveira, para que ella viniera a mi casa a la mañana siguiente para preparar el desayuno de su hijito, André, de entonces solo trece meses (antes de dormir, aquella noche, dejaría todo sobre la mesa para que, en caso de que yo estuviese en el hospital, mis invitados se sirvieran).

Los acompañé hasta su nuevo hogar y nos encontramos con el primero de varios contratiempos: al llegar a su casa, notamos que las ventanas no tenían persianas ni cortinas. Corré al hospital y traje un par de sábanas. Mientras cosíamos improvisando algo, les relaté detalles de la guerra: tuve que ser medida, para no impresionarlos demasiado.

Estaban agotados y ansiaban acostarse para descansar. Momentos antes de despedirnos, nos dimos cuenta de que faltaba la llave de la puerta principal. Eso podría ser peligroso. Buscamos y buscamos, pero no logramos encontrarla. ¿Como podría haber desaparecido? Finalmente desmontamos el picaporte de modo que solo pudiese abrirse desde adentro. La solución provisoria parecía funcionar; me despedí y retorné al hospital para las últimas recorridas nocturnas. Cerca de medianoche pude retirarme a descansar.

Estaba muy feliz con la llegada de la familia Oliveira: tener como vecinos a misioneros del mismo continente era algo

especial para mí. Sin embargo, aún sentía la necesidad de una colega soltera como yo, alguien con quien conversar e intercambiar experiencias.

Cinco meses antes nos habían anunciado que una enfermera portuguesa que vivía en Alemania vendría al Bongo, pero hasta ahora nada había sucedido. Todos los días oraba por eso; hasta comencé a quejarme ante el Señor por su aparente falta de respuesta.

Después de un baño y una breve meditación, me dispuse a dormir, y recordé al pasar que el día siguiente, 10 de junio, era un día especial de celebración para los militares. Luego caí en un sueño profundo.

De pronto me desperté sobresaltada. Un tiroteo intenso se oía venir desde la estación policial. La luna llena irradiaba con intensa claridad sobre el paisaje nocturno, y por un momento pensé que eran las seis de la mañana y que los soldados estarían haciendo ejercicios militares con motivo de su feriado; pero los tiros de armas pesadas y las granadas me hicieron cambiar de parecer. Salté de la cama y miré el reloj. "No puede ser", me dije. Las agujas marcaban la 1:36 AM. Sin poder dar crédito a mis ojos, me fijé en el reloj de la radio, que dio la misma respuesta: 1:36. Una respuesta tan contundente como mi espanto, al comprender que la guerra estallaba apenas a cuatrocientos metros de nosotros.

Pocas veces experimenté tanto miedo. Aterrada, comencé a temblar de pie frente a la ventana; temblaba tanto que casi no me podía mantener de pie. "Señor, jayúdanos! Estamos en peligro. Cuídanos a todos. A la familia Sabaté; a los Oliveira, que acaban de llegar. ¡A todos los que vivimos aquí! Tú sabes mejor que nosotros cuán peligrosa es esta situación", oré desesperada. Por dentro, comencé a reprocharme no haber sido más precisa con los Oliveira; no haberles contado un poco más sobre la gravedad de nuestra situación. Ellos debían saber que bajo ninguna circunstancia debían abandonar su casa para huir. Quise correr hasta ellos y avisarles, pero pensé que si estaban durmiendo se llevarían un gran susto con mi llegada. Además, me daba miedo salir bajo semejante tiroteo. Permanecí frente a

la ventana, orando intensamente, con los ojos abiertos para ver al mismo tiempo lo que sucedía afuera.

Repentinamente un grupo de soldados apareció frente a la puerta del hospital, el cual podía divisarse desde mi ventana. Golpearon con violencia y pude ver al enfermero de guardia dejarlos entrar. “Tienen heridos”, pensé. Y automáticamente me dije: “Debería ir para ayudar”. Imaginé a los pacientes, tan vulnerables y sensibles al conflicto; pensé que, como se asustaban fácilmente, tratarían de huir o esconderse. Deseaba ir y tranquilizarlos, pero seguía allí, estática.

Temblando, comencé a golpear la pared para comunicarme con los jóvenes escondidos en la casa contigua. Alguien respondió y eso me tranquilizó un poco. Volví a mirar por la ventana. En el hospital sucedía algo extraño: pese a que vestían los mismos uniformes, los movimientos frenéticos y decididos de los soldados no eran como los de aquellos militares a los que estábamos acostumbrados. Además, de pronto comenzaron a sacar grandes atados hechos con sábanas, que evidentemente contenían desechos hospitalarios. Yo seguía preguntándome si debía ir. Pero un miedo paralizante me oprimía, me retenía allí, sin dejarme reaccionar.

Entonces una idea clara, que no admitía dudas, se abrió paso en mi mente: “Es la UNITA y vienen a buscarme”. Mi sensación en aquel momento fue más de sorpresa que de miedo. Durante casi un año y medio había temido que “ellos” vinieran por mí. Varias veces había planeado en mi mente cómo sería mi huida y en dónde me escondería. Sin embargo, ahora solo una ininterrumpida oración se elevaba de mis labios: “Señor, ¿qué debo hacer? ¿Qué debo hacer y decir? Cuando lleguen, muéstrame qué debo hacer, ¡por favor! Muéstrales también a los demás cómo deben comportarse”.

De pronto vi que un grupo de soldados corría en dirección a mi casa, desde el lado opuesto al del tiroteo. “Allí vienen”, me dije. Lo más rápido que pude, me puse los jeans del día anterior sobre mi pijama y volví junto a la ventana mientras repetía mi plegaria: “Señor, muéstrame lo que debo hacer. No sé cómo actuar”. En ningún momento pensé en huir.

Cuando ellos doblaron en una esquina del camino, los perdí de vista. Segundos más tarde oí el retumbar de sus pesadas botas. Luego, golpes violentos a una puerta, pero no era la mía. Afuera no se veía a nadie. Corrí a la puerta de atrás y tampoco vi a nadie. Sin comprender de dónde surgían los golpes, iba de una ventana a la otra, como un animal enjaulado presa de pánico. Aquello parecía una espantosa pesadilla. Ese horrible tiroteo no tenía fin. Ni por un solo momento se me ocurrió que podrían estar buscando a otra persona que no fuera yo. Nunca pensé que podrían estar golpeando en la puerta de los Oliveira.

De repente, los golpes cesaron, y cuando empezaba a calmarme escuché voces. Fue entonces cuando los vi, esta vez, delante de mi propia entrada. Eran unos treinta o cuarenta. "Llegó el momento. Ya no puedo hacer nada", me dije.

Una insólita tranquilidad me invadió. Súbitamente dejé de temblar, como si una mano misteriosa me hubiera tocado, librándome de todo temor. Repentinamente supe cómo comportarme: "Estaré tranquila y trataré de descubrir sus propósitos", pensé.

Estoy convencida de que el Señor permitió que estuviera despierta y pudiese prepararme para la llegada de los guerrilleros. El miedo que les tenía era tan grande que si me hubiesen encontrado durmiendo, el shock hubiera sido muy difícil de soportar. "Si alguna vez sucediera, ciertamente no lo podría sobrevivir. De solo pensarla ya me siento descompuesta", me decía.

—Enfermera, levántese. Enfermera, levántese —repetían mientras golpeaban.

—Ya estoy levantada —respondí—. ¿Quiénes son ustedes?

—Enfermera, enfermera. ¡Levántese!

Sus fuertes golpes les impedían escucharme.

—Aquí estoy, ¿qué quieren? —insistí.

Uno de ellos me oyó y se acercó a la ventana: "Somos mensajeros de la UNITA y venimos a buscarla. Tenemos un mensaje muy importante para usted. ¡Abra la puerta!"

La palabra UNITA era muy temida.

—¿Un mensaje para mí?

El que hablaba tenía en su mano una hoja con la foto de Jonás Savimbi, sobre la cual se podía leer en grandes letras negras la palabra “UNITA”.

—Nuestro presidente quiere hablar con usted y nos mandó a buscarla.

—¿Quién es su presidente? —pregunté, tratando febrilmente de ganar tiempo.

—El general Savimbi. ¿Acaso no lo conoce? Él quiere hablar con usted. ¡Abra la puerta! Nosotros la ayudaremos a preparar sus cosas. Llevaremos todo lo que sea necesario para el viaje. Dentro de dos semanas nos encontraremos con él y después ustedes podrán volver a sus hogares.

—Pero yo no quiero ir con ustedes. La Misión y los pacientes me necesitan.

—¡No! Usted debe venir con nosotros. Tenemos un trabajo mucho mejor para usted.

—Pero yo no quiero ir a trabajar con ustedes. Yo quiero quedarme aquí, en este hospital. ¿Qué harán conmigo si voy?

—No le haremos daño. El presidente quiere hablar con usted. Él tiene autos y un avión que pueden llevarla a su casa.

—Pero yo no quiero ir a mi casa —recalqué—. La Misión me necesita.

Para mi sorpresa, los soldados no parecían irritarse ante mis interminables preguntas y respuestas negativas. Entretanto, con desesperación, me planteaba si debía abrirles o no. Si me veía forzada a partir con ellos, ¿cuál sería mi suerte? Sus figuras eran extrañas. Algunos portaban largas pelucas rojizas. Otros tenían los cabellos trenzados como solo es común en las mujeres africanas.

—¿Por qué tengo que ir con ustedes? —pregunté.

—Somos embajadores de la UNITA. Es importante que abra. ¡Vamos!

Mientras me gritaban, llamó mi atención ver la gran linterna roja que el doctor Sabaté utilizaba cuando el viejo generador fallaba. Inmediatamente, noté que otro tenía atado alrededor de su cabeza la cortina del cuarto del bebé de los Sabaté: ¡habían entrado en la casa de Ferrán y su familia! En un último esfuerzo

por encontrar una salida, mascullé: "No puedo abandonar la Misión sin que el médico lo sepa".

—¿El médico? —preguntó irónicamente uno que aparentaba ser el jefe del grupo—. Hace un buen rato que está en camino; y sus amigos, los brasileños, también.

—¿Y el niño? —grité desesperada.

—Al niño lo transportan nuestros hombres. No se preocupe, enfermera. Nosotros nos ocupamos de cada detalle.

En ese momento comprendí, con gran dolor, que todo estaba perdido. No quedaba más alternativa que ir con ellos. Mis amigos podrían necesitarme.

Impacientes, volvieron a decirme que abriera y golpearon la puerta con un fusil.

—¿Qué van a hacer conmigo? —pregunté con angustia.

—No tenga miedo... ¡Abra ahora! —gritaron, reforzando su orden con un fuerte golpe a la puerta.

Me asomé una vez más por la ventana. Sin posibilidad de defenderme, les dije que era hija de Dios y que, si me hacían daño, tendrían que responder ante él.

—Ya lo sabemos —respondió riendo el jefe de aquel grupo, a quien llamaban Henda—. Quédese tranquila, no le haremos daño.

En mi interior pensé que, al reír de esa manera, aquellos hombres no parecían tan malos.

Mientras tanto, la hora avanzaba. Llevábamos varios minutos discutiendo. Eran las dos de la madrugada. Crucé el cuarto en dirección a la puerta y abrí. Inmediatamente, la casa se llenó de soldados. Sentí miedo, pero traté de ocultarlo. El jefe se adelantó con un volante de la UNITA que tenía impresa la foto de Savimbi.

—Somos de la UNITA, usted debe saber que...

—Sí, lo sé —interrumpí —no hace falta que lo explique.

Sorprendidos por mi aparente tranquilidad, me miraron un tanto desconcertados. Aquella respuesta rompió su protocolo habitual: por lo general, los rehenes de la UNITA reaccionaban con pánico y lágrimas. Los que podían, intentaban huir. Por unos instantes, los guerrilleros parecieron no saber cómo comportarse. Aquello me llenó de gratitud a Dios por haberme dado tal dominio propio.

Poco a poco comencé a observarlos de cerca. El jefe del grupo parecía amigable y simpático, pero una mordaz frialdad se reflejaba en su rostro. Tiempo después comprobaría que estos combatientes podían ser simples y amables, pero al mismo tiempo muy duros y sin compasión cuando tenían que defender su causa.

La voz de Henda me trajo a la realidad. “Usted tiene que hacer su valija y nosotros la vamos a ayudar. Entonces vendrá con nosotros para ver a nuestro Presidente, quien tiene un mensaje para usted. Ahora, ¡vístase!”, ordenó mientras abría mi placar.

“Ya estoy lista”, les respondí, puesto que me había puesto el jean sobre el pijama.

Los soldados tomaron mis valijas, las pusieron sobre la cama y vaciaron el ropero. ¿Para qué desvalijaban mi cuarto, si se suponía que realizaríamos un viaje corto? Todavía no lograba admitir lo que estaba pasando; no podía vislumbrar la posibilidad de estar abandonado el Bongo para siempre.

—Oigan, tantas cosas... no son necesarias.

—Sí lo son. Tranquila, con la UNITA nada se pierde; las recibirá cuando lleguemos.

Me volví para ver que un soldado trataba de alcanzar una cajita donde yo guardaba mis útiles de escritorio, le ordené que la dejara donde estaba y él la volvió a colocar en su lugar. Me irritaba ante cada intento de guardar mis cosas y, corriéndolos desde atrás, les decía que no iba a necesitar aquello que querían empacar. En mi mente suponía que cualquiera que fueran las circunstancias, pronto estaría de regreso.

—Vístase. Hace frío afuera —dijo Henda.

Obedecí y me vestí como una autómata. “Póngase un buen calzado”, lo oí decir nuevamente, pero no reaccioné: estaba concentrada siguiendo los movimientos de sus hombres que trataban de empacar adornos y recuerdos muy valiosos para mí. Quise controlar lo que hacían. Sin darme cuenta, estaba quitándoles objetos de las manos y poniéndolos nuevamente en su lugar. Todo parecía un mal sueño, del cual despertaría en cualquier instante.

Mis Biblias —una en español, una en portugués y otra en francés— aún permanecían en la mesa de luz. Henda me preguntó

si deseaba llevarlas. Asentí y las metió en una valija. Señaló el reloj y también lo puso adentro. Nunca más habría de verlos.

Los soldados siguieron desvalijando todo. Vaciaron las gavetas. Lo que ya no entraba en los bolsos, lo tiraban sobre la cama. Armaban con mis mantas grandes bultos y partían. Más tarde constaté que hasta habían empaquetado mi bolsa de agua caliente... ¡llena de agua! Hasta el canasto con la ropa sucia sirvió como elemento de empaque. Los que estaban en la cocina habían hecho desaparecer los alimentos preparados para Rosmarie y su bebé. Con resignación, les alcancé un paquete de fideos, el saco de cinco kilos de arroz, los porotos y algunos comestibles que quedaban en el armario. Empaqueté el pan fresco que guardaba, con la vana ilusión de que eso sería para nosotros. Finalmente, cualquier elemento transportable que existía en la casa había sido embalado y llevado.

Mientras los secuestradores sacaban lo último, vi en el pasillo a Alexander Justino, quien me observaba espantado. Aquel hombre grande y fuerte estaba allí parado, impotente. “¡Hermana Victoria!”, exclamó. Su angustia se reflejaba en su rostro. Nos miramos en silencio; ambos estábamos pensando en la misma cosa.

Durante los últimos meses, las capturas por parte de los guerrilleros estaban al orden del día. Y cuando esas cosas sucedían, un escalofrío me recorría el cuerpo. “Si alguna vez aparecieran en mi casa, creo que me muero del susto”, acostumbraba a decir. Él me respondía: “Con tantos muchachos en el predio –en alusión al internado de varones que estaba cerca de mi casa–, no tienes nada que temer” Ahora, rodeados de guerrilleros, pude leer en sus ojos la pregunta de cómo me sentía, pero nada pude responder.

Me resultaba imposible imaginar que lo que estaba sucediendo significaba un adiós a la Misión... para siempre. “Esto no puede ser verdad, ¡esto no puede ser verdad!”, me repetía.

Durante años me había preparado para el servicio; desde pequeña mi único deseo y gran sueño había sido ser enfermera misionera. Había tanta miseria y necesidad por doquier... ¿cómo podían llevarme?